

CAPÍTULO LX. *De la venida de don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes-Claros, décimo virrey de esta Nueva España y de cosas de su gobierno, y se cuenta una tempestad que hubo en la ciudad de Lima, en el Perú*



ON JUAN DE MENDOZA Y LUNA vino por virrey de esta Nueva España el año de mil seiscientos y tres, por el mes de septiembre; trajo consigo a su mujer doña Ana de Mendoza; llegaron al pueblo de Otumba, donde fueron recibidos del conde de Monte-Rey con grandísimo recibimiento, y los aposentó en las mismas casas donde él estaba, para cuyo hospedaje dispuso las cosas abundantísimamente. Túvolos en su compañía, holgándose y festejándose ocho días donde concurrió casi toda la gente de esta ciudad; hizo de gasto en estos pocos días poco menos de hacienda, que es la renta de un año de su oficio. Concurrieron juntos a misa y a sermón, en la iglesia del convento de los frailes menores, día de San Lucas, cada cual con sitial y lugar apartado, estando a la mano derecha del marqués el conde; y a las ceremonias de la misa y besar el misal y dar la paz, con grandes cumplimientos y reverencias, aunque el marqués las recibía primero.

Llegaron a esta ciudad con la solemnidad que sus antecesores, por las mismas jornadas y pasos que todos. Cuando entró en ella fue detrás de él en su coche la marquesa y así pasó a palacio. Cuando llegó al parejo de la iglesia mayor, donde el marqués entró, le tenían ordenado un coloquio de su bienvenida los mancebos de la iglesia. De aquí fue llevado a sus casas como si fuera la persona del mismo rey; porque en estos recibimientos se aventajan cada día. Luego que se introdujo en el gobierno, pregonó la residencia del conde, como también el conde la de don Luis de Velasco, su antecesor. Fuese el conde al Perú, y hecha acá su residencia fue sentenciado y condenado en más de doscientos mil pesos, por haberles parecido a los jueces, que lo condenaron, haber sido mal gastados en cosas superfluas de las congregaciones, como dijimos en el capítulo pasado. Fue-mucho lo que sintió esta condenación y no tanto por el dinero cuanto por parecerle agravio, habiendo mirado con tanto acuerdo todo lo que en orden de esto hizo; suplicó de la sentencia y vínole de España revocada, y a poco tiempo murió en aquellos reinos del Perú porque siempre anduvo enfermo y era de complexión muy delicada. Había comenzado a gobernar muy a gusto del reino y sintieron mucho su muerte. En el tiempo que gobernaba aquella tierra y el marqués de Montes-Claros esta de esta Nueva España, sucedió, día de Santa Catalina, mártir, a veinte y cinco de noviembre del año de mil seicientos y cuatro, aquel grande temblor y ruina de la ciudad de Arequipa, asolando todas las casas de ella y arruinando las viñas (que las había de mucho interés en sus pagos).

Vispera de Santo Tomás, a las diez de la noche, comenzó una garva que

duró hasta las cuatro de la mañana, día del santo, que se aumentó de manera que en Castilla no pudiera ser más recio el aguacero; y dicen los antiguos de este reino no haber visto otro; halláronse todos tan temerosos que les pareció se habían de anegar. Y metidos en la consideración de esto como de lo acaecido en Arica y Arequipa, a cuatro o cinco de enero de seiscientos, predicó fray Francisco Solano, de la orden de San Francisco, guardián de los recoletos en la plaza pública, y refirió los muchos trabajos de este reino y las muestras que daba de acabarse, por los muchos pecados que en él había; y que considerasen lo pasado en Arica o Arequipa y el aguacero que en esta ciudad había habido señales todas de mayor, y que sin duda merecían los muchos pecados de esta ciudad que se hundiese. Por la noche, que ya llegaba, acabado el sermón, esparcido el auditorio, con la tristeza que iba, fue divulgando e interpretando que había dicho el fraile que se le había rebelado sería hundida esta ciudad la noche que cerca estaba. Alborotóse de manera que ni padres hubo para hijos, ni mujeres para maridos. De manera que todos desampararon sus casas, saliendo a calles y plaza; abriéronse todas las iglesias y hasta el amanecer fue ocupación de disciplina rezar los que no podían confesar y los que esto hacían eran venturosos; en todos los conventos esta dicha noche hubo sermones, y por las calles muchos religiosos consolando y animando al pueblo. Despachó el señor conde de Monte-Rey a las nueve de la noche a San Francisco, para que el padre fray Juan, venido comisario general, hiciese parecer ante sí al dicho padre guardián y ante el provisor le tomasen la declaración de lo que había dicho o querido dar a sentir; hizose y declaró que sólo había dicho que los pecados de el pueblo eran tantos, que a no ser Dios tan misericordioso se hundiera esta ciudad; para con el virrey bastó esto (aunque dada era la una y dicen no era acostado) y para los demás no; que todos la pasaron en lágrimas y penitencia, con confesiones a voces. Dios fue servido que no hubiese ni muestras de temblor, que a haberle, como le hubo de allí a tres noches, según el sobresalto que diera, murieran los de poco ánimo, de temor, por haber sido tanto el miedo.

Este mismo año de mil seicientos y cuatro llovió tanto por el mes de agosto que se hinchó esta laguna de Mexico, con todas sus llanadas, que cubrieron sus aguas casi todo el suelo de la ciudad; y llegó a punto en algunas calles, que se pasaban en canoas, y yo pasé la que llaman de San Juan de esta manera. Como era cosa ésta de que ya los moradores de ella vivían descuidados y olvidados de haber sucedido lo mismo el año de mil quinientos y cincuenta y tres, en tiempo del gobierno de don Luis de Velasco, el primero; y a esta causa (como se ha ido aumentando tanto esta ciudad) habían edificado algunos en sitios bajos, que les fue de mucha ofensa en esta ocasión, y como duró la rebalsada agua más de un año, fuéronse remojando los cimientos débiles de algunas casas y se cayeron; muchas se desampararon y todas las calles que se llenaron de agua tuvieron necesidad de levantarles los suelos. Pasábase aquellos días por pasadizos de madera y parecía día de juicio, según el tropel de gente que en esto andaba. Tratóse del reparo, y el primero con que se encontró fue reparar la albarrada

antigua, que don Luis de Velasco había antes hecho en la inundación dicha, porque ya estaba muy desportillada y todos los que querían llevaban de ella piedra y tierra y no estimaban en nada. Hízose así y cercóse la ciudad de un albaradón de tierra, grueso y estacado. A esta obra acudieron los indios de la comarca, con todos los de esta ciudad. Tratóse también de reparar las calzadas, para lo cual ordenó el marqués que viniesen indios de las provincias, veinte leguas apartadas de esta corte; porque para lo que había que hacer era poca la de la comarca y temíanse las aguas futuras.

Comenzóse ésta, que se llama de Guadalupe, y por tener mucho que hacer fue necesario mucho golpe de peones; lo cual no podía estar bien aviado, si solos indios lo hicieran. Acordó el marqués, para que con más cuidado y suavidad se hiciese la obra, que asistiesen en ella religiosos, y para esto pidió al padre comisario y provincial de la orden de San Francisco, mi padre, le diese los que fuesen necesarios; concediéronselos y pidió para la asistencia de lo que por acá se hacía, que yo tomase a cargo, que a la sazón era guardián de este convento de Santiago, y estaba haciendo esta iglesia; y para la de San Christóbal, al padre fray Gerónimo de Zárate, que era guardián del convento de Quauhnahuac, doce leguas de esta ciudad. Duró la obra de esta calzada de Nuestra Señora más de cinco meses, donde andaban al trabajo, cuotidianamente, mil y quinientos y dos mil peones que trabajaron en ella inmensamente y es cosa increíble ver lo que en tan pocos meses se hizo. Levantóse la calzada de piedra y tierra, que se traía por agua en canoas, media legua y una de ella, dos varas en alto y tiene diez y ocho y veinte, en partes, de ancho; las paredes eran de barro y piedra; y por la parte de fuera toda estacada de muchas y muy espesas estacas. Andaban algunos españoles sobre estantes; y todos no se daban mano a ir por gente a sus pueblos y dar priesa a los que trabajaban; lo que en esta obra padecimos sólo Dios lo sabe, por quien se deben hacer todas las cosas y más interviniendo necesidad y utilidad de república.

La de San Christóbal fue mucho mayor y más prolija obra; y los que la miran no creen poderse hacer con poder humano, por parecer imposible, que aun toda la gente de la Nueva España, si se juntara, no era poderosa a acabarla, cuanto y más la que a su trabajo vino. Finalmente, después de acabadas entrambas, cobraron nombre de obra romana; y el marqués, de hombre determinado y de gran pecho; porque como nunca, hasta entonces se habían sacado en nuestros tiempos indios de tan lejos de sus casas, por inconvenientes que se representaban, que pueden acontecer, por ser de pocas fuerzas y extrañar caminos y malas venturas en ellos, parecía caso dificultoso que se emprendiese obra tan hazañosa. Un defecto hubo luego, a los principios de esta obra, que ni los peones se pagaban ni se les daba nada de comer y sólo pasaban con lo que cada uno traía de su pueblo. Clamamos los religiosos en razón de esto, y algún tiempo pasado hubo una junta de virrey y Audiencia y de los prelados de las órdenes y de los dos comisarios religiosos que asistíamos a este trabajo; y salió determinado que para comer se les diese, por parcialidades, algún socorro a cuenta de el jornal que por junto se les había de pagar, acabada la obra. Hacíase

esta distribución los sábados, por particulares ministros de el rey, en presencia de el religioso que asistía con ellos, y dábaseles en la misma calzada y la cantidad que conforme al número de la gente de cada pueblo le parecía al religioso que era necesario; y por libranza suya se les daba en el alhóndiga, donde con particular providencia estaba proveído, sal. chile, tomate y otras cosas que eran para su sustento. Lo mismo había en la calzada de San Christóbal, que en ésta de Guadalupe hubo. Acabadas estas calzadas se repararon la de San Antón, que sale de esta ciudad a la de Xuchimilco, en cuyo reparo se ocupó fray Gerónimo de Zárate, gran lengua y ministro de ellos y la de Chapultepec, que sale por la calle de San Juan, hasta dar al mismo bosque, que también fue obra muy buena, y yo acudí a ella con mi gente, y es la mejor de todas las que salen de esta ciudad. Y después de todos estos reparos se limpiaron las acequias, a que concurrimos entrambos religiosos, para que la gente anduviera con cuidado y no les faltara el socorro. Hecho todo esto se les fue tasando el trabajo por varas, porque cada pueblo trabajaba en lugar distinto y conocido y repartido por varas y conforme les cupo se les fue señalando la paga; ésta se ordenó que fuese al pueblo en común, escalfándoseles del recargo de los tributos, de manera que si debían pagaron con aquello y sólo llevaron en plata el socorro que se les fue haciendo.

Comenzó a empedrar las calles y a levantar algunas que estaban bajas, aunque no pudo acabarlas, porque le vino promoción para el Perú. Puso en ejecución traer el agua, que viene a esta ciudad por atarjea, sobre pilares altos de piedra, a más alto peso del que viene, para poder hacer pilas altas y buenas, la cual se había de traer en canoas; e hizo mucha parte de la obra y se cortaron para ella muchas canoas; pero estorbóle su acabamiento el que tuvo de su oficio y trueque de don Luis de Velasco; y como la dejó se ha quedado por haber otras cosas en que entender en la ciudad; es obra que si se acabase, es de mucha importancia y falta muy poco para llegarla a la ciudad. Hízose en tiempo de este marqués la jura del príncipe, en la cual hubo muchas y muy costosas fiestas; y él se mostró en ellas aventajado a todos. Puso en la plaza, junto al tablado, donde se hizo la jura, una tienda de armas, donde hubo mucho que ver, y junto a ella una caballeriza y caballos y jaeces muy costosos de precio. Tratóse en su tiempo de hacer desagüe a esta ciudad por la parte donde ahora se ha hecho. Salió el marqués y la Audiencia a ver la comodidad que había y no pareció por entonces conveniente; y así se dejó, pareciéndoles que con haber cercado de albarrada la ciudad quedaba su suelo defendido. Hizo cerrar las aguas, que nacen en la laguna dulce, que venían por la acequia de Mexitalcinco; y aunque ha sido mucha parte para que no entre tanta agua en esta ciudad, ha sido de mucho daño para el de Xuchimilco y pueblos de la laguna; porque como han ido creciendo y rebalsando, han ido anegando las tierras donde estos pueblos sembraban; y aun ha derribado muchas casas de todos y otras se han despoblado, e ídose a tierras más seguras sus moradores. Hiciéronse unas compuertas para abrir el agua cuando conviniese; y este año de mil seiscientos y nueve, se ha abierto una para que desagüe, aunque

es muy poco el efecto que ha hecho y lo pagan los pueblos, fundados en ella. Trajo confesor señalado de Castilla, y con licencia para poder tener su asistencia en palacio como lo hizo, aunque con nota del pueblo por no haber habido otro con este privilegio y porque el vulgo de cualquiera cosa se altera. Era hombre sabio y muy buen predicador, llamábase fray Pedro Ramírez, de la orden del glorioso padre San Agustín. Era el marqués hombre determinado y ponía mucho pecho a todo lo que emprendía. Era alegre y gustaba de fiestas y animaba a los de la ciudad a que las hiciesen y era el primero en ellas. Era de muy buena razón y entendimiento. Ayudó para la fábrica de esta iglesia de Santiago con cuatro mil y ochocientos pesos, en nombre de su majestad y de su real caja. Vino cédula en su tiempo, en favor de los señores obispos, en razón de visitar los religiosos que tuviesen cargo de el ministerio de estos indios; suplicóse de ella y suspendióse su ejecución. Murió Juan Luis de Ribera, tesorero que era de la Casa de la Moneda, el cual compró el oficio en ciento y sesenta mil pesos, más de veinte años antes de su muerte; y dio más de los cien mil, luego de contado; pero luego que murió se vendió otra vez por el rey (cuyo es) y lo compró un mercader, natural de Sevilla, llamado Diego Matías de Vera, en cabeza de un hijo suyo, en doscientos y sesenta mil pesos, luego de contado; aunque por no ser de edad el muchacho lo sirve un yerno del dicho Diego Matías. Es oficio que tiene voto en cabildo y por lo que costó se conocerá su renta y aprovechamientos. Vacó la vara de alguacil mayor de la ciudad, a la cual se opusieron Baltasar Rodríguez, natural de la Villa de Lepe, en los reinos de Castilla, vecino de esta ciudad, que la quería para un hijo suyo y Juan de Zabala, vizcaíno, minero de las minas de San Luis de Potosí, hombres entrambos muy poderosos en hacienda y la pusieron en ciento y veinte y cinco mil pesos y salió con ella el dicho Baltasar Rodríguez, no porque en ánimo, ni dineros venció a Juan de Zabala, sino porque Zabala tuvo juicio y le dejó salir con ella. Vacó el oficio de Pedro de Campos, secretario de gobernación y le vendió su oficio en ochenta mil pesos, habiéndole costado a él antes sesenta mil.

*CAPÍTULO LXI. Relación de el alzamiento que los chinos sangleyes hicieron en la ciudad de Manila, el año de mil seiscientos y tres*



LOS VEINTE Y SEIS DE SEPTIEMBRE, del año pasado de seiscientos y tres, se publicó en esta ciudad, que una negra esclava había dicho que el día de nuestro padre San Francisco había de haber gran fuego y verterse mucha sangre en la ciudad de Manila, en las islas Filipinas, sobre lo cual se hizo información, y corriendo el tiempo, viernes a tres de de octubre, del dicho año, vispera del dicho santo, en la tarde, don Luis das Mariñas (que vivía junto a el monasterio e iglesia de Mindoc, de la otra